



**PRIMER SIMPOSIO DE GESTIÓN DE  
LA SEGURIDAD Y LA CONVIVENCIA**

**Palabras del Sr. Gobernador de Risaralda**

**Dr. Carlos Alberto Botero López**

**Pereira, lunes 11 de febrero de 2013**

**Auditorio Fundación Universitaria del Área Andina**

Quiero en primer lugar agradecer la presencia de las autoridades civiles y de policía, en especial del general José Roberto León Riaño, así como de todos quienes nos acompañan en este Primer Simposio de Gestión de la Seguridad y la Convivencia.

Éste es, sin dudas, un escenario muy apropiado para formular una serie de reflexiones acerca del propósito colectivo de construir un entorno de gobernabilidad, de seguridad, de convivencia y de paz para una sociedad como la nuestra que aspira y que demanda mejores condiciones de vida, así como oportunidades reales de progreso económico y social.



Creo no equivocarme al afirmar que son muchas las generaciones de colombianos que no han tenido la oportunidad de vivir en paz. La violencia, tanto la derivada del conflicto armado como la violencia común y urbana, han acompañado la historia del país a lo largo de los siglos.

Es claro que hemos tenido etapas de relativa tranquilidad, en especial a raíz de la desmovilización de grupos subversivos como el M 19, el Quintín Lame y el EPL, así como también la desarticulación de los frentes paramilitares que libraron contra la guerrilla una guerra frontal, la cual arrastró en su borrasca de sangrienta locura a centenares de civiles.

En Colombia, hay que decirlo con total franqueza, nunca hemos alcanzado la paz que todos anhelamos. Es por ello que ahora, cuando el gobierno nacional avanza en diálogos con la guerrilla de las FARC, hemos puesto en nuestras esperanzas en ese proceso.





Al Presidente Santos hay que rodearle en este propósito, con sentido patriótico y con desprendimiento ciudadano, pensando siempre en que los intereses de la Nación y de todos los colombianos deben primar sobre la nostalgia del poder o el protagonismo personal.

En nuestra pasada administración construimos una alianza poderosa con el gobierno del entonces Presidente Álvaro Uribe Vélez, con las autoridades y con la comunidad, la cual nos permitió recuperar la seguridad para Risaralda y derrotar los grupos de alzados en armas que tenían azotada la población en municipios como Pueblo Rico, Mistrató y Quinchía.

En esta población, por ejemplo, se le dio de baja a un bandido como Leyton que durante muchos años sembró el terror y la zozobra en el municipio en donde se fortaleció con base en el asesinato y la extorsión. Hoy en Quinchía se respira otro aire y se ha comenzado a vivir una época de prosperidad sin precedentes.





Por esa época, gracias a la llegada de la Brigada Móvil No. 14, la cual gestionamos ante el gobierno nacional, logramos reconstruir la seguridad y tranquilidad en la zona urbana y rural Pueblo Rico, en los límites con Chocó, donde delinquían grupos al margen de la ley. Incluso avanzamos en la apertura de una vía entre los corregimientos de San Antonio del Chamí y Santa Cecilia, la cual cruza una región que por años se había convertido en un santuario para la subversión y en un territorio vedado para las autoridades.

A par con estos logros, en los centros urbanos y en especial en Pereira, Dosquebradas, La Virginia y Santa Rosa de Cabal, registramos avances significativos en la reducción de la criminalidad y en la consolidación de la seguridad ciudadana.

En el presente, hemos comenzado a trabajar de la mano con las autoridades en esta misma dirección para combatir el resurgimiento de brotes de alteración del orden y de incremento de los delitos que afectan la vida, los bienes y la honra de los ciudadanos.



Con la Policía Nacional y el Ejército de Colombia, hemos puesto en marcha acciones eficaces para contrarrestar el intento de los grupos subversivos de afectar la tranquilidad de los habitantes en la zona limítrofe con el Chocó. Precisamente allí acabamos de vivir un episodio que no puede repetirse, originado por el temor creado bajo amenazas por los alzados en armas que operan en ese departamento.

La comunidad debe romper las cadenas del miedo, del silencio, de la apatía y de la desconfianza, de lo contrario aquellas fuerzas oscuras del crimen encontrarán tierra abonada para construir y consolidar sus santuarios de delito y de inseguridad.

Como parte de estas estrategias, logramos establecer en la zona el Grupo UNIR, que vigila y acompaña a los habitantes del municipio de Pueblo Rico y el corregimiento de Santa Cecilia. Así mismo, lanzamos la campaña “Yo no pago, yo denuncio” para enfrentar el delito con certeza y compromiso ciudadano.



La seguridad ciudadana y la convivencia pacífica están construidas sobre dos pilares insustituibles y complementarios, uno preventivo y otro proactivo. No se trata solo de combatir la delincuencia, de poner en derrota los actores criminales y de eliminar los focos de perturbación del orden público y la tranquilidad ciudadana, lo cual es muy necesario y urgente, sino prevenir la violencia y el delito, lo cual es fundamental e indispensable.

Se trata de una tarea que tendrá éxito en la medida en que se avance en esa dirección desde la familia, la escuela y los entornos más cercanos al ciudadano y en especial a los niños, las niñas y los adolescentes. Tengo el firme convencimiento de que la prevención del delito requiere una cultura ciudadana fundada en valores éticos y morales, con sentido de solidaridad y convivencia. Por tanto, tenemos que aprender que todos, como sociedad y como comunidad, tenemos la responsabilidad de luchar contra la delincuencia.



En tales condiciones, el rechazo a la criminalidad y a la nefasta cultura de la viveza, tiene que comenzar desde la educación, tanto en el hogar como en la escuela. Desde allí, como padres de familia y como educadores, tenemos que inculcar esos valores y de fomentar esos principios. La honestidad, la integridad y la solidaridad, así como el rechazo a la intolerancia, al uso de la violencia para resolver conflictos y al argumento de que todo se vale, se aprenden desde la casa y desde las aulas.

A todos, sin excepción, nos cabe la responsabilidad de enseñarles a nuestros hijos que la ilegalidad no es una opción de vida y que el crimen no paga.

A la par con este compromiso pedagógico, la construcción de la seguridad y de la tranquilidad es un trabajo de todos, dado que la comunidad debe jugar allí un papel fundamental en la confianza en las autoridades y en la denuncia y el repudio al delito.





Por ello, no me cabe la menor duda que la mejor forma de hacer las cosas bien en materia de seguridad y de convivencia es trabajar juntos, comunidad, gobernantes y autoridades, como premisa fundamental para lograr la paz en este país.

Está demostrado que no solo con el uso de la fuerza de las armas se logra la paz, como también es claro que a través del empleo de los argumentos bélicos nunca la subversión logrará cambiar el estado de cosas en el país.

La convivencia pacífica y la seguridad ciudadana sólo se alcanzarán mediante un profundo cambio cultural y en el marco del imperio de la cultura de la legalidad y de la mora. El éxito de toda acción de las autoridades, requiere del apoyo y la solidaridad de la ciudadanía. Solo uniendo nuestras voces y nuestras fuerzas, podremos demostrarles a los violentos que los ciudadanos de bien somos más y que esa unión nos hace invencibles.



Además de ello, debemos insistir en un cambio cultural, en una radical transformación de la mentalidad que nos lleve a pensar que el dinero fácil no es el ideal, que la opulencia mafiosa es un espejismo fugaz y que la riqueza súbita no es eterna. Cada sueño y cada meta que nos propongamos, será realizable en la medida en que trabajemos por ella, con honradez, con entrega y con sacrificio. Es posible que aquel joven que está cerca de convertirse en un delincuente, no tenga plena conciencia de ello y que lo único que requiera sea una oportunidad de realizarse como persona.

Es bien cierto que no podemos desfallecer en las tareas de fortalecer la capacidad de acción y reacción de las autoridades de policía, ejército y fiscalía, mediante una adecuada dotación, el aumento del pié de fuerza, la modernización de las comunicaciones, el empleo de nuevas tecnologías y la eficacia de la justicia. Todos estos argumentos son válidos para combatir y erradicar el crimen y para ponerle término a la carrera de los delincuentes.





Pero todo ello tendrá éxito en la medida en que una comunidad valiente y activa esté alerta para desenmascarar y poner en evidencia a quienes delinquen. En la medida en que la comunidad denuncie, estará demostrando que la mayoría no podrá ser amedrantada por unos pocos.

De ahí la importancia de campañas y estrategias que nos permitan trabajar en equipo, como lo son la lucha contra la Cultura de la Ilegalidad, Yo No Pago Denuncio, Colegios Seguros y el Cuadrante Somos Todos. Estas acciones que se han venido realizando con la ayuda de las autoridades y de la Gobernación de Risaralda en municipios como Pueblo Rico, Belén de Umbría y Santuario, han tenido buena aceptación y muy positivos resultados.

No puedo terminar mi intervención sin hacer referencia a los lamentables acontecimientos que están afectando la tranquilidad y el progreso del vecino departamento del Chocó, una tierra rica y habitada por gente increíble que merece mayor atención.



No puede ser que el accionar de unos pocos, llámense guerrilleros, paramilitares, latifundistas o mineros ilegales, pongan en peligro la vida, la prosperidad y el bienestar de una comunidad raizal que tiene pleno derecho a su vida y a su tierra.

Desde Risaralda estamos acompañando de manera solidaria al pueblo y a los gobernantes del Chocó. No sólo porque todo cuanto allí acontece afecta nuestra actividad cotidiana, sino porque se trata de una población y de una región que merece una mejor suerte y que tiene inmensas potencialidades para salir adelante.

Debo, de igual manera, llamar la atención sobre el papel que los medios masivos de comunicación social están cumpliendo en este escenario y en este período tan crucial en nuestra historia. Pareciera que la guerra se estuviera perdiendo a juzgar por el registro noticioso del quehacer diario. Pero valdría preguntarse si se trata de una realidad o de una falacia creada para alimentar ciertos intereses.





O tal vez lo que están fallando son las estrategias comunicativas para que los ciudadanos conozcan, a ciencia cierta, qué se ha hecho en materia de seguridad, cuántos grandes golpes se le han propinado a los cabecillas y las estructuras de los grupos armados al margen de la Ley, cómo se ha logrado debilitarlos y cuántos avances se han reportado en la recuperación del territorio para el uso colectivo.

Los medios de comunicación no sólo tienen una inmensa responsabilidad colectiva y un gran compromiso social en defensa del bien común, que está por encima de cualquier consideración política, económica o personal, sino que están llamados a jugar un gran papel en la generación de la confianza pública.

Es bien cierto que la guerra debe ganarse en el campo de batalla, pero también en otros escenarios como el mediático. Y en ese sentido, al ciudadano del común hay que informarle con equilibrio y con apego a la verdad, sin caer en el juego verbal de quienes han hecho de la desinformación y de la mentira sus principales argumentos de campaña.





No puedo terminar mi intervención sin hacer un reconocimiento necesario y muy especial.

En nombre de la Gobernación de Risaralda y de los habitantes de éste departamento quiero agradecer el trabajo juicioso, dedicado y efectivo que realizaron el Coronel Camilo Ernesto Cabana y el Coronel Gonzalo Londoño Portela, como comandantes del Departamento de Policía Risaralda y de la Policía Metropolitana de Pereira.

Esta labor, mancomunada y coordinada con las autoridades civiles y la comunidad, permitió avances sustanciales en materia de seguridad, al punto que al cierre del 2012 el departamento no solo registró 36 homicidios menos en relación con el 2011, lo que representa una reducción del 9%, sino también un descenso sensible en la mayoría de delitos de alto impacto.





Para la actual comandante de la Región Tres, la Brigadier General Mireya Cordon López, como para los actuales comandantes, los coroneles, que el inmenso reto no sólo de mantener esa tarea sino de superar esos logros, por el bien de Risaralda y de su gente. Con nuestro apoyo tengo la certeza que nos desfallecerán en esa labor.

Muchas gracias

